

voy á echarlo para el río. Lo tomó con dos dedos y se fué con él para la orilla de la barranca donde aventándolo con fuerza fué á caer al agua y en un instante se lo llevó la corriente, pues por aquel sitio estaba un retajo, al pie pasa el río de Pantitlán que lleva el nombre de los pueblos por donde atraviesa y en aquel lugar va caudaloso, mientras D. Julián se puso á reconocer al peajero, y mirando que aunque la herida era grande sólo fué pellejra y la pérdida de sangre tenía á aquel hombre desmayado, dijo lleno de gozo : — No hay cuidado, D. Ramón, este hombre se salva, vamos á ver cómo damos parte para que lo vengán á levantar; yo le aseguro que no corre mayor peligro. — ¿Pero y si mientras se agrava, el sol lo perjudica ó otra desgracia? lo arrimaremos á la sombra. — No, dejémoslo así, si lo movemos se acaba de desangrar, le cubriremos la herida con la ropa y la cara con su sombrero, en el estado en que está, lo mismo es una hora antes que después; que Juanito gane terreno es lo que importa, vámonos á ver los gallos y por allá iremos soltando el cohete. Se dirigieron para el barrio de la Asunción por diverso camino. — ¡Qué bien lo hacen vds! dijo mi padre á varios de sus amigos, entre quienes se hallaba el alcalde, aquí tengo mis cuatro y medio para una chica, no saben avisar y solitos se vienen á divertir. — Hombre, le respondió uno de ellos, ha sido esto de improviso, estos muchachos en un instante han armado sus tapados. — Y si no fuera por un incidente, agregó el alcalde, no estuviéramos aquí, la casualidad hizo que nos avisaran con tiempo, sino á la hora de ésta quién sabe qué demonios hubiera sucedido. — La cosa se iba poniendo fea, agregó un compadre suyo, ese hombre es muy ocasionado y provocativo. — Como desde que compró las pistolas, siguió diciendo otro, se le ha metido el diablo, ha comido gallo, á todos insulta, echa unas chifletas muy picantes, comenzó con el huero y ya estaba barriendo con todos, la presencia del señor alcalde sofocó el incendio, que sino á estas horas está el señor D. Julián reconociendo cortadas para certificar esencias de heridas. — Si vds. no me dicen de quién se trata, estoy como tonto en vísperas, dijo D. Julián. — ¿Cómo de quién? de D. Indalecio, ya lo conoce vd. que es tan amigo de promover disputas. — Ah, pues entonces no es extraño lo que oímos decir por

la plaza á unos transeúntes, ¿no, amigo D. Ramón? pero no decían que se había cortado el negocio, sino que se realizó, ese cuidado, el saber que para acá se vino el señor alcalde, nos trajo con curiosidad, y no sé qué especies guardo, ó qué dijeron de los Tepozanes. ¿No hizo vd. alto en eso, D. Ramón? — No, amigo D. Julián, sí oí también algo de Tepozanes pero no hice mayor caso. — ¿Si habrá encontrado por fin quien le dé lo suyo, dijo uno de los de la rueda; me desafié un tapado, se fué á traer su gallo, y ya me choca su tardanza. — Habrá ido á Jerusalén á traer el que le cantó á San Pedro, respondió otro. — Puede que ande correteando por Tacotalpa para conseguirlo, agregó un tercero. — Me está haciendo títere eso de los Tepozanes dijo el alcalde, ¿qué cosa se infirió vd. de eso, señor D. Julián? — Que allá habría sido la contienda, y como ese sitio convida para un lance de esos por ser tan solitario, el retajo tan alto y la profundidad del río, no era extraño que allí hubiera sucedido un lance feo. — Saldremos de la duda, mira huero, anda á la lomita de los Tepozanes, ordenó el alcalde, echa un vistazo por allí, y nos vienes á avisar, mientras le ganaremos á mi amigo D. Ramón sus cuatro y medio, y nos vamos á tomar la sopa porque ya las tripas grandes se quieren comer á las chicas, casen por ahí, y amarren muchachos, esta es la moza.

Apenas había acabado de perder sus cuatro y medio, cuando regresó el huero corriendo, y muy azorado le dijo al alcalde: — Allá está tirado el peajero con las tripas de fuera. — ¿Lo viste bien, hombre? preguntó D. Julián. — No, señor, desde lejecitos, está hecho un lago de sangre, con tanto socavón por un ijar. — ¡Qué tal! exclamó el alcalde, bien decía yo que ese hombre tenía facha de poco vivir; mire D. Benito, vaya vd. con este muchacho al juzgado, tráigame prontito el bastón y demás cachivaches, que vengan cuatro hombres de la guardia con un petate ó cualquiera otra cosa para levantarlo, y á vd., señor D. Julián, le suplico que nos acompañe. Vamos, señores, no me dejen solo. — Vamos, respondieron todos haciendo mil comentarios muy desfavorables para el infeliz difunto, y otros compadeciéndolo pues luego lo supusieron muerto.

A poco llegó D. Benito, comenzó la fórmula de las primeras

diligencias de un proceso, y el alcalde siguiendo la antigua costumbre y diligencias del caso. Mandó formar un círculo rodeando el cadáver á todos los concurrentes que se quitaron el sombrero, descubrió el rostro del difunto, empuñó su bastón, le descansó la punta en el estómago y con voz clara y distinta, preguntó con tono firme: — Indalecio, en nombre de Dios y de la ley, responde á la autoridad que te interroga, ¿quién te mató? y se puso en actitud de escuchar mirando uno por uno los semblantes de los que le infundían algunas sospechas; dejando pasar un intervalo repitió segunda y tercera vez su pregunta, y no habiendo tenido ninguna contestación ni algún indicio que denunciara al agresor, dijo: — En el supuesto de que Dios no te da licencia para responder, su Divina Majestad toma á su cargo este asunto, y él te haya perdonado. Señores, muerto está, tarde llegamos, asiente esta declaración por diligencia, y quede abierto el proceso para los efectos á que haya lugar; señor facultativo, ya puede vd. poner mano sobre ese cadáver que lo encomiendo á su eficacia, y espero me remita el certificado respectivo que debe acompañarse al expediente; y prosigase desde luego á las averiguaciones consiguientes.

Empezaron á buscar rastros, indicios, y de todo se pudo sacar en limpio, que un rastro de sangre, que hizo mi padre al llevar á tirar mi pañito, estaba indicando que el agresor se retiró también herido hasta la orilla del retajo, confirmando esa sospecha, el que los tacos de la pistola descargada que tenía el peajero en la mano derecha estaban en la misma dirección, y avanzaron hasta creer que el herido temiendo tal vez las consecuencias, atarantado por su crimen, y desconocedor del terreno, por allí se precipitó encontrando su sepulcro en el fondo del río, que arrebatado por la crecida corriente, quién sabe hasta dónde habría caminado su cuerpo. Todo quedó asentado y autorizado en forma, echaron al herido en un petate, y no teniendo allí depósito, D. Julián hizo que lo condujeran á la botica, á fin de que al volver en sí, no fuera á soltar algunas expresiones que comprometieran el lance ó lo aclararan; antes de llegar á su casa, en la entrada de la plaza, se agrupaba la gente á ver al matado, corriendo las plazeras y tortilleras guiadas de la curiosidad, haciendo mitote con sus

exageraciones. Victorina ya repuesta del ataque que tuvo, percibió algo de la horuca y se puso á ver por una ventana. — ¿Qué sucede por ahí, señora? preguntó á una mujer que venía de la bola. — El matado, niña, el matado que está horroroso. — ¿Pero quién es? dijo sobresaltada. — No se le distingue la cara, pero es gente decente, tiene pantalón de paño. — ¿Claro ú obscuro? — Obscuro, niña. — ¿Pero quién viene con él? — Su papacito de vd., y D. Ramón Navarro muy tristes. Esto acabó de confirmar las sospechas de aquella infeliz criatura, cerró la vidriera, trató de salir á la calle, dió algunos pasos delirante diciendo: — ¡Es Juanito, Juanito de mi alma! y dando un fuerte golpe en el suelo, le volvieron á repetir las convulsiones con mucho más fuerza, y á meneársele la barriga de una manera singular; al ruido ocurrió el dependiente de la botica, gritó á la criada, y entre los dos la acomodaron en el estrado, quedándose la mujer cuidando que se golpeará lo menos posible, el dependiente mandó avisar á D. Julián que viniera pronto que urgía, luego luego se imaginó para lo que sería, llegó presuroso mientras mi padre seguía custodiando al matado que llevaban en el petate, descansándolo de trecho en trecho. — ¿Qué sucede? dijo D. Julián al dependiente que lo esperaba en la puerta de la botica. — La niña tiene un mal horroroso, toda se está golpeando, quién sabe si á la hora de esta ya... Se metió precipitado, y aunque los nervios algo habían cesado de sacudirle, el otro mal seguía de grado en grado atormentándola, anunciándose con una fuerte hemorragia; la condujeron á su cama, el peajero fué puesto en otra pieza distante, mi padre se retiró á comer compadecido de ver á D. Julián que no hallaba á quién atender primero, como loco ordenando y disponiendo medicinas para uno y otra, no queriéndose valer para su hija de ninguna partera, por no divulgar la situación en que se hallaba; por fin, á las cinco de la tarde quedaba el peajero perfectamente curado y asistido por un criado que no se despegaba de su cabecera, y poco después de media noche fué el mal parto de Victorina, sumamente difícil y cruel, debiendo el no sucumbir en el acto, á la buena inteligencia y cuidados de su papá, quien á pesar de eso, no pudo evitar las consecuencias de un lance tan arriesgado; á los seis días de

esa catástrofe expiró en sus brazos haciéndole un encargo para mí, y recibiendo la bendición paternal; subió su alma á gozar de Dios, dejando al afligido papá anegado en llanto y en profunda pesadumbre.

Yo supe por mi padre su fallecimiento, y no dejaba de hacerme títere haber sido la causa de la muerte del padre, de la madre, y de la cría. Feliz matrimonio, decía yo irónicamente, ya la madre y el hijo marcharon primero, esa fué mi intención al verle tamaña barriga, y no sé qué poder sobrehumano contuvo mi brazo en aquel instante, y sólo me contenté con decirle ¡maldita seas! y me salí hecho un demonio. El tata aun no está fuera de riesgo, pronto tal vez irá á reunirse con su familia, que Dios los ampare. ¿Pero, Señor, que haya yo sido tan bestia que ni por las narices me dió semejante cosa, que no llegué á conocer que estaba yo elevado hasta los cuernos de la luna, y era víctima inocente de la cofradía de San Cornelio? ya se ve, la confianza mata al hombre, ya esa frágil criatura está juzgada de la mano de Dios, que su Divina Majestad le haya perdonado sus extravíos y colocado en su santa gloria, yo le perdono de todo corazón y compadezco su suerte desgraciada. Descansa en paz, Victorina, pues á pesar de tu perfidia no puedo aborrecerte, recibe esta lágrima dedicada á tu memoria, y no te olvidaré en mis pobres oraciones.

A los veinte días estaba ya D. Indalecio declarado fuera de riesgo, y como estaba abierto el proceso de aquel hecho, D. Julián trató de prevenirlo diciéndole: — Ya vd. está fuera de riesgo, y de su adversario esta es la hora que no se sabe de su paradero, todas las probabilidades confirman que se retiró herido hasta la orilla del retajo, ¿vd. está cierto de haberle pegado un balazo? — Sí, señor D. Julián, le confieso mi pecado, yo le tenía miedo, y antes de darle tiempo de que se previniera, le apunté al corazón y le solté el tiro en el pecho, de modo que esas sospechas, ese rastro de sangre y demás averiguaciones son muy ciertas, D. Juan fué á dar al río y allí acabó de perecer. — Pues en obsequio de su propia conveniencia, estudie vd. el modo de salvarse; D. Ramón está loco porque no sabe quién, cómo, ni adónde le den razón de su hijo, desde ese día fatal desapareció de su casa, nadie lo ha visto salir del pueblo ni en-

contrado en los caminos, en fin, si vd. no baraja el negocio y luego que se restablezca se larga por ahí muy lejos, tarde ó temprano se sabe la verdad y no le arriendo las ganancias, nunca falta un yo lo vi, y cuando vd. mejor salga va á acabar sus días á un presidio. — No tenga vd. cuidado, señor D. Julián, le agradezco el interés que por mí se toma, conozco sus razones y voy á retibir sus consejos. — Pues entonces voy á dar cuenta de su mejoría para que le vengan á tomar declaración y cierren el proceso; estudie bien su lección, cuidado con una palabrita, una frase que lo vaya á condenar. — Pierda vd. cuidado que ya tengo pensadas mis respuestas y declaración.

Fué el alcalde con su secretario y testigos, después de las generales y juramento de estilo, D. Indalecio declaró que la mañana del día de su accidente, había tenido en el peaje una acalorada disputa con unos pasajeros que trataban de defraudar á la Hacienda Pública, excusándose de pagar el peaje de una partida de jumentos. Es verdad que yo me propasé y les dí unos trancazos, ellos se vinieron para la plaza y yo me fuí á las tapadas. Cuando me separé para ir á traer un gallo para un tapado que desafié, me los encontré por los callejones, y tapándome la cabeza con un zarape me llevaron hasta los Tepozanes, en donde uno me dió una metida diciendo: — Estamos á mano, golpe por golpe. Yo disparé un tiro á uno de ellos, é ignoro si le pegué ó no, mi herida no me dió más tiempo que de sentarme, me atacó un fuerte desvanecimiento y este es el hecho.

— ¿Pero vd. no conoció á alguno? ¿no recuerda sus señas, sabe sus nombres, de dónde son, ó en fin, cualquiera cosa que pueda darnos algún indicio? — No, señor, absolutamente hago memoria, confundo todas las especies, ese día me desayuné por humorada con café, le eché un poco de catalán, y como no lo acostumbro estaba mi cabeza quién sabe en qué artes. — ¿Y qué pide vd. contra la alevosa mano que ha derramado su sangre? — Yo nada, señor alcalde, me bajo de querrella, pues más bien creo que mi desgracia ha sido un justo castigo del cielo para corregir mis excesos. — Asíéntese todo lo dicho, ciérrese esta sumaria, dijo el alcalde, archívese para incidente por si acaso fuere útil para instrumental en lo sucesivo. Y ahora hablando aquí como amigos, le aconsejo, D. Indalecio, que no le

busque ruido á sus costillas, es vd. muy provocativo, abusa del destino que ocupa, aquí ha confesado que se propasó con esos infelices, que el catalán le hace efecto, y que tiene sus humoradas de desayunarse con él, y donde se le vaya un poquito la mano y me promueva mitotitos insultando á mis vecinos que son medio quisquillosos y no se dejan faltar, ó le aciertan una trasteada más céntrica ó tengo que remitirlo amarrado para la ciudad, haciendo resucitar esa causa que se va á sepultar en el archivo; mire cómo se conduce y Dios quiera que se restablezca.

Un mes después de la declaración ya estaba casi sano, además de los consejos de D. Julián le metió más el cerote las amonestaciones del alcalde, y luego luego procuró ausentarse marchando con unos extranjeros que iban para las Californias á buscar oro. Yo en esos dos meses largos algo me paseé y no perdí mucho el tiempo, me remitió mi padre otra partida que fuí á encontrar hasta Isthahuaca, terminé su realización, y porque estaba aún muy reciente la catástrofe, hice lo mismo con otro viaje y no me presenté en mi pueblo hasta al cabo de cinco meses, no salí de mi casa, me daba horror, coraje, sentimiento, yo no sé qué cosa el pasar por la plaza, aborrecía al pueblo, no quise ir á la parroquia porque cuando lo intenté, lo primero que se presentó en el cementerio fueron los sepulcros de la madre y la hija con quien quise emparentar, estaba en mi casa violento pues luego que tenía el gusto de abrazar á mi padre y hermanos que eran los únicos que allí me estimaban, estaba fastidiado, inquieto, ansiando por largarme. En uno de mis descansos supo D. Julián que había llegado, y me mandó un papelito reservado suplicándome mucho que lo fuera á ver para un asunto, no me pareció negarme, y á fuerza de fuerzas concurrí haciendo unos recuerdos que me destrozaban el alma; me recibió D. Julián con mucho aprecio, me metió á su escritorio, sacó de su ropero un bultito y poniéndolo en mis manos en unión de una carta de Victorina, me dijo: — En hora suprema, me hizo el encargo mi hija, de poner en manos de vd., Juanito, estas cosas, suplicándomelo momentos antes de exhalar el último aliento de su vida, y balbuciendo su nombre, pasó su alma al eterno descanso, y su cuerpo yerto quedó entre mis

brazos. Tomé la carta, era toda de su puño y letra, en ella me refería todas sus desgracias, me expresaba sus padecimientos con palabras tan persuasivas y tiernas, que de bronce que hubiera yo tenido el corazón, se hubiera ablandado considerando su eterna amargura; creí como debía la verdad que hasta ese instante apareció ante mis ojos; me pedía mil perdones porque avergonzada, temerosa, y pusilánime, me había ocultado sus pesares, los cuales fueron en aumento desde que advirtió que á fuerza se haría pública su deshonra, que si se ocultaba de mí, no era por indiferencia, mutación ó desamor, sino por bochorno y temor de contagiarme con sus irremediables pesares, que desvaneciera mis infundadas sospechas, que nadie había ocupado su corazón más que yo, que considerara su pena al tener que huir de mi presencia; que cuando salió resuelta á descubrirme todo, me violenté y sin atender razones la llené de injurias, la maldije y por último, que si mi amor era puro y sincero como el que ella me tenía, que diera gracias á Dios porque la quitaba de padecer, que recibiera mis prendas, que exhalara un suspiro, echara una lágrima, y le dirigiera una plegaria por el amor de Dios, pues ella iba empeñosa á suplicarle, que me colmara de felicidades y le diera los consuelos á su triste y afligido padre, quien me daría la satisfacción más completa para que quedara yo convencido de su inocencia.

Yo no sé ni cómo acabé de leer aquella carta, pues agolpándose en mi mente las consideraciones de sus amargos padecimientos, me avergonzaba de haber dudado de su amor y contribuído si se quiere á abreviar su temprana muerte. *¡Yo soy su asesino, soy un infame!* Perdón, Señor, sólo mi ceguera, los celos que me devoraban me hicieron desconocer al ídolo de mi corazón, yo he precipitado en el sepulcro á esa inocente, he multiplicado sus pesares, he acabado de desgarrar su destrozado corazón; soy un vil, un miserable. — No lo culpo á vd., Juanito, levántese, ayúdeme á lamentar su desgracia, yo mismo no sé cómo he podido sobrevivir á mi total deshonra, figúrese no más cómo estaría mi corazón al presenciar atado de pies y manos, la violación de mis dos prendas más queridas, y á quienes trataba de escapar á costa de todos mis intereses y de mi propia vida; esos mismos padecimientos de ellas los he tenido que re-

sentir doblemente, pues conocía la causa, y á esta fatal desgracia debo el encontrarme solo, lleno del más acerbo dolor y de una pesadumbre que sin duda me hará seguir las muy pronto. — Pero no me negará vd., señor D. Julián, que yo tuve mucha parte en violentar su muerte. — No, la culpa fué mía que consentí en que la viera, queriendo con eso evitarme el sonrojo de que por mi boca supiera vd. la verdad, ese egoísmo tiene la culpa; ¡pero para qué renovar unos recuerdos tan sensibles y desastrosos? yo le ofrecí cumplir su encargo y ya está concluído, sólo me resta hacerle una súplica. — No suplique vd., señor, mándeme lo que guste. — Que en el supuesto de que ya se impuso de esa carta, me haga favor de dárme la, con mil trabajos he llegado á conseguir que todos ignoren la causa de su muerte, dejándola en la mejor reputación, la multitud de rosas blancas con que vieron los del pueblo guardar su inanimado cuerpo en el sepulcro, y no quiero que exista nada que aclare este misterio que dejó depositado en el pecho de vd., de un hombre que sabrá guardarme este secreto. — Aquí está, le dije besándola, á tiempo que un torrente de lágrimas nublaron mi vista y se desprendieron. — Gracias, Juanito, gracias, mire su fin, y quemándola en una lamparita la vimos consumirse; no quise recibir mis prendas, pues siendo algunas de ellas de valor insistí en que las guardara, me despedí lleno de aflicción y volví á protestar no volver á poner un pie por allí, compadeciéndome mucho de aquella infortunada niña. La muerte de mi padre acabó de hacerme aborrecer aquel lugar, les repartí á mis hermanos y hermanas su parte, tomé la mía en numerario y me vine á tratar de establecer á San Felipe, donde calculaba comprar de primera mano á algunos partideños amigos míos, pues el negocio de las encomiendas iba cada día de mal en peor, desde antes tenía buena amistad con este taimado de mi padrino, compadre, hermano, y quién sabe cuántos más lazos nos ligan, de este Botitas, Bototas, y por fin Chepe Botas.

He aquí terminada la primera parte de mis aventuras, y como antes les dijo Chepe, después de venirme á la villa con el fin de establecerme, unas mismas aventuras nos unieron hasta la fecha: sigue tú, Chepe. — No, tú tienes más memoria y te afectas menos con semejantes recuerdos. — Pues, se-

ñores, prosiguió diciendo el Tapatío, ya tenía Chepe más de un año de estar manteniendo con todas las comodidades posibles en Viborillas á su linda catrina, á su amargosa Elisa, cuando yo me establecí en San Felipe, y al paso que él procuraba cada día alejarse de ella, un ciríneo se le acercaba, de manera que aquella cruz no quedó sin nazareno, yo supe las vulgaridades de que allí tenía Chepe en las Viborillas su marritas, varias ocasiones le promoví conversación sobre eso, y me emborcaba la cosa de tal modo que yo creyendo que no merecía su confianza, no volví á querer indagar más de boca del mismo; pero picado de la curiosidad de conocerla me dí mis mañas para verla, confundiéndome entre la muchedumbre en un día que hubo en el pueblo una función clásica, no me pareció tan de atiro despreciable, le fui espiando los pasos, y aunque trataba de ocultarlo, conocí perfectamente que estaba embarazada, á cierta distancia del pueblo le salió al encuentro un tal Patrañas, se la echó en la silla y la condujo para las Viborillas donde se quedó y no volvió al pueblo hasta el otro día; conociendo yo evidentemente que mi amigo Chepe vestía la muñeca y otro la bailaba, no faltó quien me asegurara que había sido al revés que Chepe era el que se enancaba; por fin, lleno de dudas y encontrados pensamientos, cogí un día á cargo á este viejo y lo obligué á que en el seno de la amistad me descubriera sus cosas, el pobre sinceramente me contó la verdad, yo había descubierto cosas que no le debían de hacer muy buenas tripas, no me pareció prudente comunicárselas, sino que tomé á mi cargo el negocio antes que él por otro lado llegara á saberlas y fuera á tomar una sangrienta venganza de aquel par de tortolitos, que arrullados en sus desvaríos descansaban en el nido, fiados en la bondad del gavilán; procuré apersonarme con el tal Patrañas á quien otras veces había fiado reses, y como quien quiere y no quiere nos fuimos haciendo como de confianza. — ¿Qué ya pensó vd. establecerse por aquí? me preguntó. — Sí, hombre, le contesté, tengo por estos rumbos una obligación que cumplir, mi mujer por incomodidades de familia y cosas que no faltan en los matrimonios, está separada de mi lado, por evitar escándalos se la he confiado á un íntimo amigo mío, á D. José Morales quien hasta ahora creo que se ha

portado como correspondía á tan alta confianza situándola en Viborillas, en donde va de vez en cuando á verla y á llevarle recursos, no han faltado malas lenguas que supongan que esa maldita sigue con sus mañas, y me han asegurado que tiene relaciones criminales con un vecino de este pueblo, y tanto que ella actualmente se encontraba embarazada, yo no he querido tomar providencia alguna hasta no conocer á ese sujeto para darle su merecido, como soy extraño aquí y no tengo relaciones, quiero que vd. me haga un servicio de hombres, que me ayude á averiguar quién es uno que se la echó en la silla el domingo hace quince días, como á las doce del día en el último jacalito de la salida, llevaba un caballo mascarillo, y no me supieron decir si era colorado ó retinto, el caso fué que no sólo la fué á dejar á Viborillas, sino que allí se quedó con ella hasta otro día; voy á ponerles su trampa para que caigan juntitos en mis manos, pero por si se me frustrare quiero saber quién es ese guapo, dónde vive, y por dónde anda para que nos demos un topetón, yo podría fácilmente informarme de mi amigo José, pero ya que él bastante ha hecho con aguantar esa molesta encomienda, no quiero comprometerlo en un lance, y conmigo solo basta para vengar mi honor ultrajado con la sangre de esos infames. ya tomé á cargo este negocio y si no se me escapan de entre las manos, bien pueden desde ahora mandarle al campanero que doble por ellos. — Señor D. Juan, me contestó aquel hombre todo demudado, yo no conozco á ninguno que sepa que tiene por ahí sus dares y tomares, pero para corresponder á su confianza yo me informaré en estos días, y para de hoy en ocho le daré una noticia segura, mientras creo que sería bueno que suspendiera vd. sus procedimientos para no errar el golpe. — Gracias, amigo, voy á seguir su consejo, y le suplico que se reserve todo, pues sólo en la confianza de amigos le he descubierto mis planes; con que hasta de hoy en ocho nos veremos, amigote, adiós. — Adiós, señor D. Juan, me respondió, para de aquí á ocho días. Siguió diciendo solo Patrañas: te quedarás con tu venganza en barbecho y los cuernos más grandes que un venado tras añejo, y yo decía: — Poco plazo se ha tomado este bribón, ocho días, voy á ver cómo entretengo á Chepe para que no les vaya con su

presencia á entorpecer su fuga, esto no tiene remedio, yo no encuentro otro modo de que desaparezca y el pobre marido siempre ignore el estado en que se encuentra, si no fuera tan maleta y mañosa era capaz de disimular su falta y hasta á ayudarle á entompear á Chepe, pero cuando sólo por vicio se prostituye y es liebre corrida, en su salud lo hallará; el que por su mano se lastima, que no gima; si fuera una niña sin experiencia, y la miseria, el maltrato fueran los que la hubieran precipitado y obligado á ser infiel, en fin, que tuviera yo siquiera una razón en su favor, puede que en obsequio de la amistad le concediera alguna indulgencia, el tal Patrañas al hacerle mi confianza estuvo como los camaleones mudando de color en cada esponjada, ojalá que no me ponga en el compromiso de darle una buena safacoca y tener yo que ocultar á esa maldita cusca de venas azules, y sangre de... drago, que es pasto de ciervos.

Como al pretender Patrañas á la dicha Elisa, le contaron que era casada y que Chepe la tenía de tapaojito, no trató de averiguar más por entonces, luego en sus conversaciones cuando quiso tener de ella más informes, Elisa le barajaba la conversación conformándose mejor con pasar por querida de su esposo por tal de ocultar su vida anterior tan llena de infamia, y no parecer á los ojos de su amante tan pérfida, criminal y sin vergüenza como había sido, con eso no adelantó gran cosa en sus aclaraciones, y vivía en la misma duda, no siéndole difícil creer lo que yo le descubrí.

El hombre tenía otra mujer en el pueblo viuda de un matancero que hizo allí su fortunilla, muerto éste, Patrañas que era su destazador ó carnicero, ocupó su lugar enredando las espuelas con la viuda, que por ser la dueña y una mujer de mucha más edad, me lo tenía en un puño y no estaba nada contento, además tenía mil drogas personales que la señora se excusaba á pagar, el hombre estaba mal, diariamente tenía reyertas y sinsabores, por lo que reuniéndose el compromiso en que estaba y apesándole el pellejo á fierro con mis amenazas, procuró cuanto antes dar la estampida cargando con Elisa, al otro día con mil precauciones llegó á Viborillas muy azorado diciéndole: — Mal estamos, querida, ya nos llegó la

lumbre á los aparejos, tu marido lo sabe todo, necesitamos por nuestra propia conservación y la de esa criatura que llevas en el vientre ponernos en salvo, está hecho un león, quiere con nuestra sangre lavar su afrenta, lo considero muy capaz de eso. — Ya se ve que sí, respondió ella muy asustada. — Tú aquí solita no tienes quien te favorezca. — Es verdad. — Yo no te puedo ocultar más tiempo por estos lugares sin que nos chille el cochino. — También es verdad, y yo lo que sentiré será que le sueltes el mecate, que me abandones en tan crítica situación, por vida tuya, negrito, que no me dejes en la pelaza, siquiera porque el fruto de nuestro amor no participe del peligro que nos amaga. — Jamás te abandonaré, mi vida, soy hombre para sostener mi compromiso, pero como tu marido tiene la justicia de su parte, es preciso que huyamos de su presencia á donde no nos alcance su venganza, dispón tus cosas, carga con cuanto puedas, ya tengo dispuesto que nos larguemos mañana mismo para Santa María, allí tengo un amigo en el parador de los carros que van para el Interior, muy pronto estarán de regreso los que pasaron hace como un mes para México, ó tal vez ya estén allí, no faltará como colocarme con ellos mas que sea de carretero ó en la vaciada, y cuando tu marido nos busque, ya tendremos puesta alguna distancia de por medio; no pierdas tiempo pues mañana en la noche vengo por ti, voy á dar también el golpe por allá, desde por la tarde vas sacando envoltorios y los escondes en los pirús de contra la cerca para que allí me esperes, pues no quiero que tus vecinos sepan nada para que nos delaten y vayan á hacer carbón de entrego. — Todo estará listo como lo ordenas, ¿y á qué hora vendrás? — De siete á ocho de la noche, adiós, negrita. — Adiós, mi alma, y se largó Patrañas azorándose hasta del menor ruido que hacían las hojas sueltas que arrebataba el viento; ese día recogió algunos abonos de sus *patteros*, en la noche logró hacerse de la llave de la caja de la viuda, le sacó algún dinerito y alhajas que tenía reunidas, al otro día mal barató unas reses que tenía para el abastó, se habilitó de otro caballo manso ensillado, y á buena horita llegó al sitio convenido, ya lo esperaba Elisa llena de sobresalto, colocó su envoltorio, acomodó lo mejor posible á la petaca y marcharon escudados por

la sombra de la noche llenos de temor, pues se creían perseguidos. Yo di mi vuelta á los cuatro días por el pueblo y supe que había desaparecido mi amigote, me fui para el rancho y me lo encontré abandonado absolutamente, pues los peones mirando que no parecía su señora, temerosos de que Chepe les siguiera algún perjuicio alzaron su campo y se largaron también, con alguna dificultad logré falsear la chapa del cuarto que ella habitaba y estaba casi vacío, sobre una mesita me encontré una carta dirigida á su marido, la recogí, volví á cerrar, mandé á un sirviente mío que se fuera á vivir allí y cuidara de todo, sin darme por entendido con Chepe á quien tuve entretenido por diez ó doce días, al cabo de los cuales hice un viajecito á México para realizar algunos efectos y habilitar algunos regalitos para mi novia en lo que me dilaté como un mes. En este tiempo fué José con sus once ovejas á dejarle dinero á la torcaza y se fué encontrando con caras extrañas que no supieron darle más razón sino que yo las había puesto á cuidar de todo aquello, que eran mis sirvientes y les había dejado sus semanas pagadas al irme para la capital; se volvió muy triste lleno de cavilaciones, pues hasta mi regreso esperaba salir de su incertidumbre.

CAPÍTULO VII

El gato encerrado y la cola de fuera. — Las llaves falsas. — Carta de Elisa. — Mentira sobre mentira. — El rapto desafiado. — Lamentable fin de Elisa.

Retrocedamos ahora á otro asunto. Ya yo llevaba cerca de un año de estar avecindado en la villa y por más que hacía no encontraba cómo establecerme definitivamente, tenía cerca de cuatro mil pesos, y mientras conseguía tomar alguna finca de campo ó comprar algún ranchito, estuve rescatando algunas partidas de ganado y revendiendo, con lo que me estaba manteniendo sin desmembrar mi principalito y dándome unas paseadas en grande; arrendé una casa regular, tenía dos criados que me siguieron desde mi tierra, sus mujeres me asistían bien, tenía seis caballos de primera y me pasaba vida de marqués, divirtiéndome con los amigos ó yéndome á charlar con José que era mi predilecto, ¿no, viejo? te quería yo mucho, muchísimo. — No por ti, ventana, sino por la que asoma, grandísimo pícaro, contestó Chepe enojado; prosigue, tunante. — Proseguiré, hermano, pero no te enojés. Vamos al asunto. Este maldito á pesar de nuestra intimidad no era conmigo muy franco, hacía yo de él cuanto quería, pero del carril á adelante, pues eso de llevarme á su casa y recibirme en ella como yo lo hacía con él, jamás, ni de chanza me lo ofreció, al llegar al puentecito se despedía, y á su serrallo no se acercaba más que el ángel de su guarda; ya me había contado que tenía una hermana que se llamaba Guadalupe, tuve empeño en conocerla y burlar su vigilancia, anduve echando varias tanteadas y como se me dificultaba la cosa, más crecía mi empeño. Por fin una tarde después de muchas vueltas y planes, al atravesar la loma me pareció per-